



Paul Broutin

LA MODERNIDAD DE CHAMINADE

¿Qué persona reflexiva no se da cuenta
de que las viejas palancas
que una vez movieron nuestro mundo moral
ahora necesitan de alguna manera
otro punto de apoyo?

Guillermo José Chaminade. EP I, 154

Dadme un punto de apoyo
y moveré el mundo

Arquímedes de Siracusa

Comparó fácilmente su progreso
con el de un arroyo tranquilo
que, al encontrar un obstáculo,
no hace ningún esfuerzo por remontarlo.
Es el propio obstáculo el que, al detenerlo,
lo hace crecer y crecer hasta el punto
de que pronto se eleva por encima de su nivel,
lo supera, lo desborda y continúa su curso

Juan B. Lalanne, *Diccionario de las órdenes religiosas*, 1858

La Modernidad de G. José Chaminade

Paul Broutin SJ.

Nouvelle Revue Theologique. Vol 65/4, Abril 1938.
Casterman. Tournei.Paris.

Bajo este título, la excelente «Nouvelle Revue Théologique», editada por los jesuitas de Lovaina, publicó, en su número de abril, un interesante estudio sobre la vida y obra de nuestro venerado Fundador, considerado uno de los precursores más auténticos de la Acción Católica. Agradecemos al autor de este estudio, el P. Paul Broutin, S.J., por permitirnos reproducirlo en nuestra revista familiar: nuestros lectores aprenderán a apreciar mejor la gran tarea que les legó su Padre y encontrarán una nueva razón para dedicarse a su misión bajo el nombre y los auspicios de María.

(Introducción al artículo de la NRT, cuando se publicó en la revista internacional de la Compañía de María, **L'Apôtre de Marie**. Nn. 314 y 315, 1938)

Introducción

Los tiempos modernos son el corazón de la Acción Católica. Para formar el nuevo cristianismo, todos los que ostentan el liderazgo de la Iglesia se esfuerzan por asegurar su organización vibrante y fructífera combinando el sacerdocio de los fieles y el sacerdocio de los sacerdotes. Con este enfoque, cada uno evita innovar. «Esto no es nada nuevo», afirma el Sumo Pontífice, «es la aceptación de un deber ya predicado por los Apóstoles. Un encuentro admirable entre nuestros tiempos y los primeros tiempos de la Iglesia»¹. Para enfatizar el carácter tradicional de esta acción, ahora celebramos a los «precursores», todos aquellos que, en el siglo pasado, lo lograron sin decir palabra. Emplearon nuestros métodos apostólicos sin pensar en dilucidar su técnica.

Entre estos primeros obreros, G. José Chaminade ocupa un lugar destacado como buen sembrador; su obra, al igual que su Instituto, posee un carácter moderno que las circunstancias ponen de relieve. Después de sus hijos espirituales, los Padres Simler, Rousseau, Nagy, etc., los maestros G. Goyau y Su Excelencia el Cardenal Baudrillart, han narrado su maravillosa historia o explicado el significado profético de su misión. Al estudiar el papel que desempeñó en la restauración del clero francés en el siglo XIX, y al atribuirle su legítimo papel en la resurrección de las instituciones eclesiásticas, bastarán algunas reflexiones para destacar la continuidad y la asombrosa modernidad de su labor.

¿No es un desafío hablar de continuidad en la vida de José Chaminade? A primera vista, todos los vericuetos que se desenvuelven contribuyen a complicar la trama. Este joven sacerdote de Périgueux que pasa la mayor parte de su vida en Burdeos como misionero

¹ Discurso de Su Santidad Pío XI a la Juventud Italiana y a la Comunidad de las Iglesias y a la Iglesia Nacional Francesa, 19 de marzo de 1927.

apostólico; este gran penitenciario para sacerdotes juramentados, que se convierte en calderero o vendedor de agujas durante el Terror para ejercer su ministerio clandestinamente; este exiliado en Zaragoza que, tras su regreso, espera veinte años el momento de Dios para cumplir la misión que le encomendó Nuestra Señora del Pilar; este administrador interino de la diócesis de Bazas que luego concentra lo mejor de sus actividades en las Congregaciones de la Magdalena; finalmente, este fundador de las Hijas de María y la Compañía de María, siempre escaso de dinero o en dificultades con las almas más queridas, ¿no es acaso el juguete de la Providencia, que se deleita en forjar santos a través de las contradicciones humanas y las variaciones de su acción? Consideremos las dificultades de la época para un hombre que vivió las convulsiones de 1848 y 1830 después de haber sufrido las de 1814 y 1789. «La revolución es la criba del Señor», dijo; y Dios sabe si, para purificar su era, las convulsiones fueron profundas. Pero muy a menudo, los malvados se cansan de su violencia más rápidamente que los buenos, ansiosos por reformar sus ideas. Antes de retomar o, mejor dicho, recrear las instituciones, uno anda a tientas en medio de pruebas y medias tintas, atormentados por el pasado, persistimos en remendar un abrigo viejo.

Más inspirado, José Chaminade, haciendo todo el bien posible día a día, logra casi inconscientemente, o más precisamente, sin un plan preconcebido, llevar a cabo una obra para el futuro cuyo alcance quizá aún no hayamos medido. Combinando la comprensión de los tiempos con convicciones de eternidad, profundamente arraigadas en su temprana formación en la más pura tradición de la Iglesia, demostró un gran realismo en la restauración del clero de Francia, como misionero apostólico en Burdeos y como "Buen Padre" de la Congregación de la Inmaculada y del Instituto de María. Para comprender plenamente este doble papel, veámoslo demostrar toda su destreza juvenil como síndico del Colegio Mussidan antes de la Revolución, como "calderero bordelés" durante el Terror y como penitenciario para sacerdotes juramentados bajo el Directorio.

I.- De Mussidan a la Revolución

El ímpetu de este primer ideal persistió durante mucho tiempo en una vida fructífera. Como un fuego que brota con chispas, esta primera llama dejó su estela luminosa en sus obras posteriores. José Chaminade conservó el recuerdo del ideal clerical, del que se percató en la Congregación de San Carlos, en el colegio donde estudió, y donde ejerció su misión educadora y su celo sacerdotal.

Su mirada se dirigió primero a la vida perfecta, tal como él creía que se vivía en las órdenes religiosas. Tras su decepción durante un retiro en un convento de Burdeos, se estableció con dos de sus hermanos en la Congregación sacerdotal de San Carlos de Mussidan. Un tal Pierre Dubarail había sentado las bases, quince años antes, siguiendo el modelo de la Misión de Périgueux, siguiendo estas innumerables filiales de las fundaciones con las que el Sr. Bourdoise y el Sr. Vincent habían asesorado a la Francia religiosa. Según la ordenanza de Mer de Prémieux (28 de julio de 1744), era una congregación única en su género, responsable únicamente ante el obispo y formada por sacerdotes diocesanos... dedicada a las funciones de su ministerio y especialmente a la santificación e instrucción de la juventud.

No se comprometió oficialmente mediante votos públicos; sin embargo, la regla era profundamente santificadora². El padre Simler apreciaba plenamente su valor cuando escribe: «Llevaba la doble impronta del espíritu de San Carlos y San Ignacio»³, estos dos pioneros de la Contrarreforma: uno con su sentido apostólico y su genio personal, el otro con su sentido pastoral y sus logros diocesanos. En el grupo del Sr. Moze, a finales del siglo XVIII, se preocupaban más por el progreso de la vida interior que por la organización externa. Algunas pistas nos permiten reconstruir el carácter moral de esta comunidad.

Los libros utilizados para la formación religiosa son representativos del espíritu que allí reinaba. Estas son las obras de ascetismo fundamental: "Combate Espiritual", "La Imitación de Jesucristo", "Ejercicios Espirituales". Para quienes la acción del Espíritu Santo, mediante la pureza de conciencia, conducía a dar el paso y avanzar en los caminos superiores, estaban indicadas la doctrina espiritual del Padre Lallemant o el "Cristiano Interior" de J. de Bernières. Para su iniciación pastoral, J. Chaminade tuvo la feliz fortuna de encontrar en esa época, sin duda, el "Hortus Pastorum", un admirable compendio de teología pastoral compuesto por Jacques Marchant en el más puro espíritu de San Carlos Borromeo⁴. Allí leyó, entre otras cosas maravillosas, un directorio de perfección sacerdotal, "Virga Aaronis Florens", del que se benefició durante mucho tiempo. Esto se puede apreciar en las reminiscencias que salpican sus notas personales, sus exhortaciones a sus comunidades y sus planes para los retiros del clero.

Mediante una disciplina de oración, retiro y silencio, que resultaría muy atractiva para los miembros de la Unión Apostólica o de cualquier otra asociación sacerdotal, el fervor estaba garantizado en Mussidan. La generosidad demostrada al "no negarle nada a Dios" encontró su apoyo en la devoción al Sagrado Corazón y a la Inmaculada Concepción, su ejercicio en todas las obras de celo, especialmente en la educación, y pronto su prueba en la dispersión y la persecución⁵.

² [Conservamos un extenso y completo resumen de estas reglas de la Congregación en un cuaderno de G. José Chaminade, donde él mismo añadió algunas notas autógrafas (*Escritos y Palabras*, Vol I, 1-6)]

³ Simler, *G. José Chaminade*, cap. III.

⁴ Este Jacques Marchant, nacido en Couvin, en la región de Entre-Sambre-et-Meuse, entonces parte de la diócesis de Lieja, fue profesor de teología en las abadías de Floreffe y Lobbes. Murió en 1648, deán de su tierra natal. La Congregación de San Carlos de Lieja, de la que era miembro, databa de 1624. Se presentaba como un medio para reformar el clero, siguiendo el ejemplo del Oratorio de San Felipe Neri, el Oratorio del Cardenal Bérulle y los Oblatos de San Carlos Borromeo.

⁵ Para completar el esbozo de los rasgos que conforman la fisonomía de J. Chaminade, sería necesario mencionar su breve estancia en el Collège de Lisieux de París en 1782. Los Sres. Psalmon, Hourrier y Rousseau lo introdujeron en la espiritualidad sulpiciano. La huella fue profunda. J. Chaminade permanecería allí toda su vida e introduciría a sus discípulos en la escuela de M. Olier. La devoción a Jesús vivo en María, con todo lo que implica en términos de abnegación y unión transformadora, experimentó un nuevo progreso en el siglo XIX bajo este piadoso impulso.

El testigo de Cristo

Estos humildes comienzos, de hecho, no duraron mucho. Cuando el intruso Pontard tomó posesión de la sede de Périgueux, y el sacerdote constitucional Sarraudie fue asignado a la parroquia de Saint-Georges, a finales de 1791, José Chaminade abandonó Mussidan definitivamente para trasladarse a Burdeos. A pesar de sus tendencias conservadoras, la ciudad del 12 de marzo pronto experimentó las conmociones de la agitación revolucionaria. El obispo, monseñor de Cicé, había emigrado a Inglaterra, dejando la administración de la diócesis al Sr. Boyer. Tras los exilios, forzados o voluntarios, solo quedaron unos cuarenta sacerdotes, sospechosos, perseguidos y condenados durante las horas oscuras de la Convención. Con su serenidad, su habilidad y su celo, José Chaminade renovó entonces las hazañas de los héroes de los tiempos de persecución. «A menudo se disfrazaba de calderero. Vestido con una especie de bata, con una enorme caldera a la espalda, con la cara manchada, recorría las murallas de la ciudad gritando: ¡calderos! ¡calderos!». Iba acompañado de media docena de niños, educados por sus padres. Iban unos pasos por delante del supuesto calderero; se desviaban por las calles laterales y, mientras retozaban, entraban, como por casualidad, en la casa designada. Cuando la seguridad se suponía que no se encontraría a nadie sospechoso, uno de ellos se acercaría al supuesto calderero y le susurraría al oído: «tal calle, tal número, tal habitación»⁶.

El buen samaritano de los «lapsi»

Tal heroísmo, donde más de una vez, cómo afirmó él mismo muchos años después, “solo el grosor de una tabla lo separaba del cadalso”, no dejó de destacar al joven sacerdote en su diócesis adoptiva. Esto se vio claramente durante la primera calma. El decreto del 3 de Ventoso, Año III (21 de febrero de 1795), que restableció la libertad de culto a los franceses, y una circular del 29 de Prairial (17 de junio) que especificó que la Constitución Civil del Clero ya no era ley estatal, todos deseaban poner sus conciencias en orden, y los sacerdotes juramentados rogaron por su rehabilitación. Sus casos eran a veces tan difíciles como variados; y el procedimiento romano tuvo que someterse a las adaptaciones impuestas por las circunstancias. Todos los sacerdotes cismáticos debían ser llevados primero ante el tribunal del propio Papa. Como resultado de las dificultades de la Revolución, la Santa Sede se reservó entonces la absolución exclusiva de los obispos culpables, dejando poderes más amplios a los Ordinarios. Finalmente, en los obispados vacantes, se nombraron uno o más penitenciaros. José Chaminade fue designado para ejercer estas delicadas funciones; ¡aún no tenía treinta y cinco años! Las normas establecidas por la Iglesia eran estrictas; exigían a los arrepentidos la renuncia a sus funciones si las habían usurpado prestando juramento a la Constitución civil del clero, una retractación pública del cisma y una penitencia proporcional a las faltas y disposiciones de cada uno. Para resolver estos casos de conciencia, a veces dolorosos, ¡cuánto tacto se requería con ancianos como el padre J. Rousset, cuánta firmeza con personas ávidas como el padre Ricard, cuánta cautela con aquellos cuya conversión era más fingida que sincera, como en el caso del famoso sacerdote de Libourne! La correspondencia que se conserva en los documentos de José Chaminade muestra la confianza de la que gozaba el joven penitenciario; y el oratorio de la calle

⁶ Relato de A. Faye, citado por Simler, o. c., p. 55.

Sainte-Eulalie, donde se había establecido, fue testigo de algunas retractaciones muy importantes.

Bajo el Concordato, las formas canónicas se suavizaron aún más, pero esto no facilitó la tarea del Sr. Chaminade. Entre estos dos mandatos con sus cohermanos, experimentó otra dura prueba: el destierro, tras el golpe de Estado del 18 de Fructidor (4 de septiembre de 1797). Pero este exilio no dejó de ser beneficioso, ya que le permitió examinar más de cerca todas las instituciones religiosas y, sobre todo, recibir, en sus conversaciones con la Santísima Virgen, el mandato para sus futuras fundaciones.

II. Un embrión de la Acción Católica. en el cristianismo bordelés

Aunque las fundaciones de Vida religiosa hubieran fracasado, el nombre de J. Chaminade permanecería célebre en la historia de la restauración de la Iglesia de Francia por la Congregación de Burdeos. A su regreso de Zaragoza en 1800, lo vemos, en agradecimiento al Sr. de la Tour du Pin, arzobispo de Auch, dedicándose durante un tiempo a la administración de la diócesis de Bazas. Cuando, con el concordato de 1801, esta se adjuntó a la sede de Burdeos, nuestro misionero apostólico pudo emprender, con la benévola aprobación del nuevo arzobispo, Monseñor d'Aviau, la obra a la que el cielo lo había predestinado. Quizás había meditado sobre el proyecto en memoria de dos asociaciones del mismo tipo: la congregación de artesanos, fundada por los jesuitas en 1689 y retomada por los capuchinos en 1765, y la congregación de estudiantes de Sainte-Colombe, dirigida por el abbé Lacroix. Pero estas dos congregaciones habían desaparecido en el tumulto revolucionario, y fue necesario el genio creativo del Sr. Chaminade para inventar, entre obstáculos de todo tipo, la obra central que se convertiría en el semillero de tantas otras.

Sin detenerse a apuntalar las ruinas, el Sr. Chaminade se puso a trabajar con determinación. Con divertida curiosidad, el Sr. Lalanne nos relató estos modestos comienzos. «Las iglesias acababan de reabrir, pero seguían devastadas y desiertas; los cristianos se sentían tan aterrorizados y aislados, que entre los hombres que aún conservaban una chispa de fe en esta gran ciudad, cada uno se consideraba un Tobías más, que iba al templo creyendo que iba solo» (Tb 1,6). De allí a los elementos de una sociedad religiosa, había una distancia insalvable; pero nadie conocía mejor que el Sr. Chaminade el poder del tiempo y la paciencia. «Comparó fácilmente su progreso con el de un arroyo tranquilo que, al encontrar un obstáculo, no hace ningún esfuerzo por remontarlo. Es el propio obstáculo el que, al detenerlo, lo hace crecer y crecer hasta el punto de que pronto se eleva por encima de su nivel, lo supera, lo desborda y continúa su curso»⁷⁷. El sabio y celoso misionero, por lo tanto, se limitó a alquilar una habitación en el centro de la ciudad (Rue Arnaud Miqueu, luego en rue Saint-Siméon), que transformó en oratorio. Se sabía que allí celebraba misa y predicaba; algunos fieles acudían en masa. Se fijó en dos jóvenes entre la gente. Los llamó a la hora de la misa y, al enterarse por ellos de que no se conocían, los invitó a reunirse durante la semana para conocerse y acordar ciertas prácticas comunes (era el 8 de diciembre de 1800, considerada la fecha fundacional de la Congregación de la Inmaculada). Habiendo accedido estos dos hombres a su buen consejo, los instó a buscar y traerle un prosélito

⁷⁷ [Lalanne, *Diccionario de las órdenes religiosas*, 1858].

a cada uno. Lo lograron. Cuando eran cuatro, ocho fueron fácilmente traídos por el mismo medio, y en poco tiempo eran doce, animados por las más piadosas intenciones. A partir de este número, que podría considerarse místico, el Sr. Chaminade ejerció un verdadero apostolado y logró tales resultados que la pequeña capilla ya no podía albergar estas asambleas⁸.

Desde las primeras reuniones, la originalidad de esta congregación y el profundo sentido de la realidad que animaba a su director fueron evidentes. Las firmas en el acto de consagración a la Santísima Virgen (que conservamos en un pequeño e histórico papel) indican un nuevo estado de ánimo. Son los nombres de dos profesores, tres estudiantes, tres empleados de comercio, un clérigo y tres obreros. ¡Estos son los doce que, el 2 de febrero de 1801, siguieron los pasos de un sacerdote!

Se puede comprender la mentalidad fundamentalmente cristiana de esta fraternidad. Dios nunca hace acepción de personas, y el reino de Cristo no se basa en ninguno de los marcos sociales que los hombres han construido a lo largo de los siglos. El Sr. Chaminade está profundamente convencido de ello y, en su iniciativa apostólica, da testimonio de su fe realista en los tiempos modernos.

Su primer biógrafo, el padre Simler, comenta con gran acierto: «Mente perspicaz, el Sr. Chaminade no se hacía ilusiones de que el mundo volvería sobre sus pasos». «Desde las catástrofes de la Revolución, «¿qué persona reflexiva no se da cuenta de que las viejas palancas que una vez movieron nuestro mundo moral ahora necesitan de alguna manera otro punto de apoyo?»⁹. En tiempos nuevos, hacen falta nuevas formas» (Nova bella). Intuía que el nuevo punto de apoyo sobre el que debía apoyarse la palanca del bien era el acercamiento de las clases. Sin perder tiempo en discutir las ventajas o desventajas del nuevo régimen social, que claramente tendía a este acercamiento, lo consideraba un hecho que nada podía suprimir. Después de todo, y esto era lo esencial para él, no encontraba nada en las legítimas consecuencias de este hecho que no estuviera en armonía con el espíritu del cristianismo más puro. La Iglesia no reconoce en sus templos, en la distribución de sus sacramentos, ninguna distinción de rango y fortuna. Pero como no pretendía llevar la tesis igualitaria hasta excesos contrarios al mismo Evangelio, creó en la congregación tantas divisiones y fracciones como eran necesarias para reunir en los mismos grupos a las personas que convenían entre sí (agregación de padres de familia, asociación de madres de familia, jóvenes de ambos sexos, artesanos y estudiantes, postulantes) sin separarlos del cuerpo total. La prudencia y la flexibilidad son necesarias... pero ¡qué ventaja no debe resultar, para la religión e incluso para el Estado, de la admisión de personas de clase baja en una sociedad donde ven a personas de rango superior! ¡Qué ejemplo para ellos, qué estímulo! ¡Cuánto bien, por su parte, pueden hacer las personas distinguidas por las clases trabajadoras, tan numerosas y tan interesantes!¹⁰. De hecho, en el oratorio de la

⁸ Lalanne, art. Société de Marie, en el *Diccionario de órdenes religiosas*, Cf. Simler, o. c., p. 157.

⁹ [«Respuestas a los párrocos en sus quejas contra la Congregación» y las formas nuevas del fundador, *Escritos y Palabras* I, 154].

¹⁰ Simler, o. c., pp. 181-182. [A menudo se tiene necesidad de alguien más pequeño que uno mismo (Fábula "El león y el ratón" de La Fontaine. *Escritos y Palabras*, Respuestas a los párrocos, o.c.).]

calle Saint-Siméon, se renovó el «cor unum et anima una» del cenáculo, y la oración del «Pater Noster» no era una fórmula piadosa.

En estas instrucciones, que podrían pensarse extraídas de las encíclicas más recientes, el Sr. Chaminade perseguía algo más que un objetivo de edificación mutua. Para tener un impacto en el mundo de la época, este grupo debía ser esencialmente activo: una fuerza dinámica solo se forma en el movimiento. ¡Y qué gran oportunidad representó este impulso social a principios del siglo XIX! Según la acertada observación de G. Goyau, uno de los efectos más perjudiciales de la Revolución había sido suprimir en la sociedad cristiana la necesidad y el deseo de almas radiantes, plenas y conquistadoras. Fue una suerte para la cristiandad bordelesa contar, en los albores de la paz religiosa, con un sacerdote como Chaminade, quien, tanto por su temperamento de apóstol como por la guía sobrenatural recibida, soñó que la vida oculta de Cristo en las almas sería finalmente reemplazada por una vida pública de Cristo en las almas y a través de ellas¹¹.

Junto con la influencia mariana, «el espíritu de celo y de misión evangelizadora, multiplicando cristianos, es una de las características de las nuevas fundaciones. “En las antiguas congregaciones, no se buscaba otra cosa que apoyar a los cristianos piadosos en el buen camino, mediante la edificación mutua. Pero en nuestro siglo, en la época de renovación en la que nos encontramos, la religión exige algo más de sus hijos. Quiere que todos, unidos, apoyen el celo de sus ministros y, guiados por su prudencia, trabajen para elevarlo. Es este espíritu el que inspira a las nuevas congregaciones. Cada director es un misionero permanente; cada congregación es una misión perpetua... Trabajen incansablemente en la misión; hagan de sus congregantes pequeños misioneros, ese es el objetivo”¹².

¿Es necesario traducir esta enseñanza al lenguaje moderno? ¿No se trata claramente de “la participación de los laicos organizados en el apostolado jerárquico de la Iglesia para el establecimiento del reino universal de Jesucristo”? El éxito del Sr. Chaminade fue captar y organizar todas las fuerzas vitales que se le presentaron. Admirable guía espiritual de todos, fue por excelencia el líder que aprovecha al máximo la buena voluntad puesta a su disposición. Así preparados, los congregantes se dedicaron a ganar almas; trabajaron en ello dentro de la propia congregación mediante la formación mutua hacia el bien.

También trabajaba con jóvenes, ya fuera para reconducirlos a la religión o para fortalecerlos en el respeto humano; Pero el apostolado más recomendable era la acción de cada individuo, con el ejemplo y, más discretamente, con la palabra, en su entorno cotidiano, en su familia, en su taller, en su oficina¹³. Esto ya es el apostolado de igual a igual, esta especie de homeopatía sobrenatural que vence el mal con el bien.

Con su agudo sentido histórico, el Sr. Chaminade previó la división cada vez más profunda que el sectarismo revolucionario crearía entre el clero y los fieles. Pero ¿no temía que un clericalismo estrecho y sospechoso le hiciera el juego a este

¹¹ G. Goyau, *Chaminade, fundador de los Marianistas, su obra religiosa y educativa*, en el *Correspondent*, octubre de 1913. París, Perrin, 1914, pág. 8

¹² Cartas citadas en H. Rousseau, Simler, *Chaminade*. o.c., cap 12. “La extensión de la Congregación”

¹³ G. Goyau, art. laud., p. 14

anticlericalismo relegando al sacerdote a la sacristía o, por el contrario, aumentando su intromisión en asuntos que no eran de su responsabilidad, mientras que los fieles comunes llevarían sus cuentas de conciencia por partida doble, una para las oraciones y otra para los negocios? ¡Qué habilidad para poner a todos en movimiento! ¡Qué modernas eran las asambleas dominicales en la Magdalena! Uno pensaría estar en una reunión de... U.S.I.C (Unión social interfederal católica) o en una "encrucijada" de intelectuales cristianos. Tras la oración, los cantos y algunas observaciones del secretario, un miembro de la congregación, generalmente un laico, hablaba sobre un tema de apologética, moral social o historia de la Iglesia.

Así, concluye G. Goyau, el joven obrero era cultivado, guiado e instruido, con vistas a una acción efectiva en otros obreros... Las lecciones de la verdad, sin duda, siempre deben descender de arriba; ni el Sinaí, ni la montaña anónima ilustrada por las promesas evangélicas, ni la colina del Vaticano podían dejar de ser las alturas desde las que estas lecciones debían difundirse por todo el mundo. Pero, muy abajo, en la vasta llanura, un apostolado del pueblo por el propio pueblo parecía cada vez más requerido por las nuevas circunstancias sociales; para este apostolado, se necesitaba una especie de escuela normal; las congregaciones de jóvenes, mujeres jóvenes, padres y madres de familia, tal como las concibió Chaminade, extraídas en parte del pueblo y destinadas a actuar sobre él, eran un primer esbozo. de esta escuela indispensable"¹⁴.

III. Una noción original del Estado religioso

El lector nos agradecerá que nos detengamos en la vida de la Congregación de la Inmaculada. Es una de las intuiciones proféticas del Sr. Chaminade y uno de los logros de su genio para la reforma moral: creó un ambiente de santidad. Un ambiente, organizado mediante la educación colectiva en el seno de la vida, para la formación de verdaderos cristianos, en un ascenso coordinado de una élite dentro de las masas, es el problema de la actualidad, resuelto hace cien años.

A medida que los miembros de la congregación crecían en número y su influencia se hacía más visible en todas las obras de renovación religiosa, el Sr. Chaminade no perdió de vista la profunda vitalidad que quería inspirar en todos estos grupos. Sabía muy bien que el verdadero progreso no se mide por los números, sino por la intensidad del espíritu que, a través de la perfección de unos pocos, impulsa hacia la evangelización de todos. Esta es la ley de la levadura admirablemente entendida y aplicada. Para asegurar este mantenimiento de energías que salvaguarda el valor de la expansión, se vio obligado a concentrar todas estas fuerzas vitales en lo que él llamaba el «Estado» de la congregación. Unas pocas notas, demasiado raras para nuestra curiosidad, revelan estos proyectos del santo Director¹⁵: «Los miembros de la congregación, de cualquier

¹⁴ G. Goyau, *ibíd.*

¹⁵ Según la declaración hecha a la policía imperial en 1809, los primeros vestigios del estado se remontan a 1806. Con la *Reseña histórica* del Sr. Lalanne, podemos seguir la progresión del Estado a la vida religiosa a lo largo de un período de diez años, con la excepción de los años de la supresión de la Congregación entre 1809 y 1814. «Muchos jóvenes, al no poder disfrutar de la ventaja de reunirse en una comunidad para llevar una vida enteramente religiosa y preocuparse únicamente por su propia santificación y la salvación de las almas, desean acercarse a ella lo más posible mediante la observancia de los consejos evangélicos y las prácticas de la piedad cristiana, permaneciendo en el mundo apegados a los diferentes estados

edad o sexo, pueden ser conducidos a la más alta perfección mediante la práctica de los consejos evangélicos. Podría haber diferentes grados conocidos solo por el director: él llevaría un registro de todo. Pocas prácticas requieren realizarse en conjunto; rara vez tienen asambleas que los distingan de la masa de miembros de la congregación... Otra nota se formula así: "Estado religioso abrazado por jóvenes cristianos dispersos por la sociedad": *Aunque dispersos por la sociedad, estos jóvenes creen haber abrazado un verdadero estado de vida en el orden de la religión y la salvación, ya que, de hecho, debe santificar todos los pasos de su vida. Su acto de consagración a la Santísima Virgen es como una profesión de ella. Su espíritu es una participación en el espíritu apostólico. Su fin principal e inmediato es la santificación de las almas o la multiplicación de los cristianos. Sus medios son la dirección, la unidad, el buen ejemplo, la instrucción, la devoción a la Santísima Virgen, las prácticas comunes y los sacrificios...*¹⁶

¡Un curioso cambio de rumbo! La mayoría de las veces, las Terceras Órdenes surgían cuando las grandes órdenes ya estaban plenamente consolidadas; formaban su florecimiento definitivo. San Francisco de Asís hizo esto para evitar que los Frailes Menores o las Clarisas se masificaran. El Sr. Chaminade procede, nos parece, por vía diferente.

Por el contrario, desde 1815, anhelaba una vida religiosa plena, pero organizaba un estado ferviente antes de llegar a la fundación religiosa. Para comprender la relevancia del tema de la perfección, debemos reconocer la exactitud de sus opiniones como persona religiosa. Por un lado, no quería desalentar la buena voluntad presentando la vida perfecta, organizada en las órdenes religiosas, como el único arquetipo de la salvación; por otro, se culparía a sí mismo por impedir el pleno florecimiento de la gracia en un alma que aspira a ascender. Así, imaginaba una vida religiosa en el mundo siguiendo la escala continua de la perfección cada vez más elevada.

Una carta dirigida al Sr. Chevaux (25 de junio de 1832) nos revela los principios de su dirección espiritual en esta pregunta: ¿Existe una vocación al estado religioso, como la hay al estado eclesiástico? El Sr. Lalanne le dijo en el último retiro que todos estaban llamados al estado religioso y usted cree que debe enseñar lo contrario. Me preguntas si te equivocas. Se podría responder que uno tiene razón y el otro no. Uno tiene razón, desde el punto de vista de su consideración del estado religioso; se dice a sí mismo que los consejos evangélicos son para todos; pero «qui potest capere, capiat». El otro se dice: nadie observa los consejos evangélicos si el Padre celestial no les hace conscientes de su importancia; este don del Padre celestial bien puede llamarse vocación, gracia de favor y predilección... ¿Recibirían todos los cristianos que quisieran violentarse a sí mismos la gracia del estado religioso? No hay duda, me parece, en no considerar rigurosamente el estado religioso en la forma que nos hemos visto obligados a darle. Durante varios siglos, los primeros cristianos fueron verdaderamente religiosos;

en los que se encuentran. Este Estado podía adoptar diferentes formas: un solo voto de obediencia al director o varios votos religiosos, ya sea para vivir como religiosos dispersos por el mundo, o para formar comunidades de congregantes religiosos cuyo estado temporal se convierte en el de cumplir plenamente su vocación como congregantes" ("L'Esprit de notre fondation", vol. III, págs. 281-284).

¹⁶ "Los Marianistas" (Colección de Órdenes Religiosas, Letouzey), págs. 41-42.

y en cada siglo ha habido algunos que vivieron muy religiosamente¹⁷ ... sin otra profesión que la de su bautismo.

Esta idea de la perfección del cristianismo primitivo rondaba la mente de M. Chaminade. En esta «mayoría de santos», según Mur Duchesne, buscó redescubrir la savia de los mártires. ¿No existen entre los fieles las mismas exigencias de heroísmo en el deber diario? Por eso agrupa con su "Estado", una élite formada por unas pocas almas admirables, reunidas ante el altar de la Virgen, dispersas luego por los cuatro puntos cardinales de la ciudad y devueltas al altar por el ardor expansivo de su piedad¹⁸. Estos son los vínculos religiosos de esta comunidad invisible: 1.^a reunión, cada ocho días, donde se recitaría el oficio breve de la Inmaculada Concepción y se daría una breve instrucción o lectura espiritual; 2.^a recitación del mismo oficio en privado cada día; 3.^a dirección de la intención cada mañana para compartir todos los trabajos del día; 4.^a cada miembro tendría su propia regla de vida, que, además, sería específica para ellos; 5.^a comunión general mensual, juntos en la medida de lo posible; 6.^a, finalmente, y sobre todo, "A las tres de la tarde, todos irán en espíritu al Calvario para contemplar el corazón de María, su tierna Madre, traspasado por una espada de dolor, y para recordar el feliz momento en que nacieron. María nos concibió en Nazaret, pero fue en el Calvario, al pie de la cruz de Jesús agonizante, donde nos dio a luz. Este es el motivo que debe convocar a todos los hijos de esta divina Madre a este encuentro de corazón y mente en el Calvario a las tres: todos terminarán su turno con un Ave María... A esta hora suspenderán lo que estén haciendo, si pueden hacerlo sin inconvenientes; los que estén solos se arrodillarán. El Viernes Santo, tomarán precauciones para estar solos en oración y reunirse en la mayor cantidad posible..."¹⁹. Así es como M. Chaminade "modeló santos vivientes". Estas no son todavía las grandes conquistas de las misiones ni las grandes escuelas; "son las labores pacientes y conquistadoras de la ocupación mediante las cuales Cristo, eligiendo ciertas almas, las asimila cada vez más íntimamente, las hace cada vez más verdaderamente suyas y las lanza por el mundo como a otras, fuerzas desconocidas o incomprendidas, misteriosos obreros de la Redención humana"²⁰.

IV. Para la restauración del clero de Burdeos

No es de extrañar que de semejante ambiente surgiera una gran santidad y que su influencia se extendiera por doquier. Este es el testimonio que dio cincuenta años después el cardenal Donnet: «Si nos remontamos a los orígenes de todas nuestras obras, el nombre del Sr. Chaminade está inscrito al frente de cada una de ellas». Esto resultó en una fertilidad excepcional para la congregación. Para mantenernos dentro del alcance de nuestro estudio, nos limitaremos a lo que G. Goyau denominó magníficamente las dos «crisis de la madurez de la congregación en torno a 1805: la

¹⁷ Cartas de M. Chaminade, vol. III, nº 632.

¹⁸ Goyau, art. laud., p. 14.

¹⁹ Les Marianistes, p. 42.

²⁰ G. Goyau, art. laud., p. 15.

restauración del seminario de Burdeos y, entre 1817 y 1820, la fundación de la Compañía de María».

Conocemos bien las dificultades del Sr. d'Aviau para restaurar sus seminarios. Comprendió la urgencia de esta institución, pero no le fue más fácil adquirir edificios que encontrar personal para ocuparlos. Después de muchas gestiones, consiguió el antiguo convento de los capuchinos, que hizo restaurar, ayudado por la caridad de sus diocesanos. En cuanto a llenar la casa, o más precisamente, proporcionar sus primeros maestros y súbditos, el honor recayó en la congregación del Sr. Chaminade²¹.

Monseñor d'Aviau se había puesto en contacto sin éxito con los vicentinos que dirigían la casa antes de la Revolución. A pesar de las negociaciones iniciadas, el Sr. Emery no pudo dar una mejor respuesta. Fue entonces cuando el arzobispo recurrió al Sr. Chaminade. Varios clérigos, ya de notable valía, formaban parte de la Congregación. Entre ellos se encontraban varios sacerdotes de la diócesis de Périgueux, a quienes las acciones del obispo Lacombe habían obligado a mudarse a la diócesis vecina y que en su día se habían alojado en Mussidan; ¡se puede adivinar su espíritu! Fueron los primeros trabajadores del seminario de Burdeos. Drivet fue nombrado superior, asistido por el Sr. Bouny como ecónomo y profesor de moral. Finalmente, al Sr. Chaminade se le confió la dirección de los estudios.

Reclutar estudiantes era tan difícil como reclutar profesores en aquellos tristes tiempos en que ni la familia ni la escuela contribuían al florecimiento de una vocación. Los comienzos fueron modestos, como es de suponer: once seminaristas, jóvenes y mayores, se reunieron el 4 de abril de 1804 en las instalaciones provisionales de la calle Rohan. De estos once, siete eran miembros de la congregación y otros dos eran postulantes. Al comienzo del trimestre de octubre en los edificios capuchinos, cinco miembros de la congregación, uno de Mussidan y un joven de Périgueux, aumentaron el contingente. Tras la muerte del Sr. Drivet, los Sres. Lacroix y Vlehmans continuaron la obra emprendida bajo la inspiración del misionero apostólico.

Año tras año, el desarrollo de los seminarios y el de las obras del Sr. Chaminade fueron de la mano. El censo no es fácil de realizar, pero sabemos que en 1808 había una fracción especial de la congregación en el seminario de Burdeos. Comprendemos el interés sobrenatural que el Sr. Chaminade tenía por sus hijos espirituales, así llamados al servicio de Dios. ¡Con cuánta devoción les predicaba retiros e instrucciones especiales! Veinte años después, tuvo que desempeñar el mismo papel en la diócesis de Auch y en la diócesis de Agen (Carta del 25 de diciembre de 1827)²².

Finalmente, cabe mencionar que no se quedó solo en la labor de restauración de los seminarios. Uno de sus prefectos de congregación, T. Lacombe, mejoró su labor hasta convertirla en una organización más estable y extensa. En 1812, logró que los sacerdotes de Saint-Sulpice ingresaran al seminario mayor y los jesuitas al seminario menor; y hacia 1821, tras un viaje a Cantal, Aveyron, Corrèze y Haute-Loire, para

²¹ Sobre este tema, hemos seguido a L. Bertrand, *Historia de los seminarios de Burdeos y Bazas*, vol. II, pp. 40 ss.

²² Cartas, vol. II, n. 445, pág. 301 ss

asegurar un reclutamiento más abundante, fundó las pequeñas comunidades de clérigos que nuestros coros y escuelas corales actuales siguen imitando.

V. Un instituto religioso según la fórmula de la Acción Católica

La congregación del Sr. Chaminade no solo trabajó por restaurar el clero en las diócesis de Burdeos, Agen y Auch; también lo engendró en la Iglesia universal. Un nuevo instituto religioso: la Compañía de María. Este nacimiento de una nueva familia religiosa marca el apogeo de la gloria del santo fundador. Es la plena realización de su misión, la culminación y síntesis de todas sus obras, la señal de Dios en nuestra era contemporánea.

El fermento de santidad era demasiado activo dentro del «Estado» como para no conseguir este logro. De no haber recibido las revelaciones de Nuestra Señora, el director podría haberlo presentado, al ver el auge de las almas. «Había concebido la idea», nos dice el Sr. Lalanne, «de que sus religiosos vivieran en el mundo como vivían los cristianos de los tiempos apostólicos, teniendo todo en común; pero había reconocido que esta forma de vida era impracticable, y poco a poco, sin abandonar por completo su idea de una vida religiosa secular, ya no pensó en realizarla excepto mediante una comunidad propiamente dicha²³. Dos de sus directores fueron los instrumentos providenciales que lo llevaron a esta conclusión y lo determinaron a poner al frente de la congregación a «un hombre que no muere».

Desde 1808, mantenía correspondencia con la señorita Adela de Batz de Trenquelléon. Plenamente convencida de las ideas del Sr. Chaminade, ella se esforzó por implementarlas en Lot-et-Garonne. Una carta fechada el 8 de octubre de 1814 revela los planes en curso. «Le contaré todo mi secreto. Regresé a Francia hace catorce años con el título de misionero apostólico en nuestra desafortunada patria, con la autorización de los ordinarios locales. No creía poder ejercer mejor sus funciones que estableciendo una congregación como la que existe. Todo miembro de la congregación, sin importar su sexo, edad o condición, debía convertirse en miembro activo de la misión. Varios miembros de cada cuerpo de la congregación formarían una pequeña sociedad religiosa, aunque extendida por todo el mundo; siempre habría oficiales en estas sociedades para dirigir la congregación. Muchos de estos religiosos y religiosas han deseado vivir juntos; era ventajoso para el propósito. Actualmente, muchos desearían vivir en comunidad regular, abandonando todos los asuntos temporales; hay que seguir esta inspiración, pero cuidando de que no distorsione la labor de la congregación, sino que, por el contrario, la sirva. Varios miembros de la congregación han ingresado en comunidades religiosas; lo vimos con agrado... Pero esto es algo completamente distinto: se trata de religiosas congregantes, o mejor dicho, miembros de la congregación que, sin dejar de ser miembros activos de la congregación, desean vivir regularmente como religiosas²⁴.

Aspiraciones similares animaban al grupo de jóvenes y hombres. En 1816, los más decididos formaron la "Sociedad de los Quince". Entre ellos, fue el Sr. Lalanne quien,

²³ M. Lalanne. *Reseña histórica*, pág. 5.

²⁴ Cartas, vol. I, n. 52, pág. 87. ("La revelación del secreto")

en el memorable 1 de mayo de 1817, indujo al "Buen Padre" a reconocer que había llegado la hora de Dios. La historia de esta entrevista es demasiado conocida como para que tengamos que reproducirla aquí. Sin embargo, es necesario destacar algunas palabras de esta conversación, singularmente expresivas de los designios de Dios en nuestro momento decisivo de la historia. "La vida religiosa es al cristianismo lo que el cristianismo es a la humanidad. Es tan imperecedera en la Iglesia como la Iglesia lo es en el mundo. Sin personas consagradas como religiosos, el Evangelio no tendría plena aplicación en la sociedad humana. Por lo tanto, es en vano pretender restablecer el cristianismo sin instituciones que permitan a los hombres practicar los consejos evangélicos. Solo que sería difícil, inapropiado hoy, pretender revivir estas instituciones con las mismas formas que antes de la Revolución. Pero ninguna forma es esencial para la vida religiosa. Se puede ser religioso bajo una apariencia secular. Los malvados se ofenderán menos; les será más difícil poner obstáculos en su camino; el mundo y la Iglesia se verán más edificados. Formemos, pues, una asociación religiosa haciendo los tres votos de religión, pero sin nombre, sin hábito especial, y sin existencia civil, en la medida de lo posible. «Nova bella elegit Dominus». Y pongamos todo bajo la protección de María Inmaculada, a quien su divino Hijo ha reservado las últimas victorias sobre el infierno: «Y Ella te aplastará la cabeza»²⁵.

Para comprender el pensamiento original del fundador, debemos buscar el comentario sobre estas líneas en una carta que escribió al obispo de Agen. Respecto a la institución de las Hijas de María, el Sr. Jacoupy quiso volver al pasado. El Sr. Chaminade respondió:

«Si se me pregunta hoy por qué se ha preferido un nuevo Instituto antes que muchos otros ya experimentados, respondo que la Historia de la Iglesia nos muestra que siempre se ha actuado así después de las tormentas que han conmocionado a los institutos en distintos tiempos; respondo que las necesidades de las almas fieles que han llevado en estos últimos tiempos a los confesores y pontífices más santos a admitir o dar Reglas, todos han coincidido, sin comunicarse entre ellos, en dar Reglas nuevas, y que incluso las Reglas, que en algunas Instituciones han recibido un nombre antiguo, no son menos nuevas en sus aspectos más importantes. La causa de esta manera de proceder no es el espíritu de novedad en una religión que proscribía las novedades; la causa está en las nuevas relaciones que las luces y el siglo que se trata de santificar tienen con las Instituciones correspondientes que les pueden ofrecer la santificación. Una Institución nueva es apropiada a los tiempos, a los lugares, a las circunstancias; no necesita seguir algunas de las costumbres antiguas de los viejos institutos pero sí necesita todo lo que tiene relación con nuestras costumbres actuales y que no estaban en los piadosos institutos. El Espíritu de Dios no cambia para nada en todo esto; pero muestra que su influencia es universal, y que él sabrá llegar a todos los hombres, a pesar de la diversidad de los espíritus y de las costumbres de los distintos tiempos»²⁶.

No era la primera vez que, a lo largo de los siglos, se sostenía una concepción tan poderosa, compleja, sustancial y sintética de la "religión". Sin remontarnos a la Iglesia naciente, a la que M. Chaminade tanto gustaba referirse y donde los fieles más fervientes participaban en la vida perfecta de su clero, la orden benedictina y la orden

²⁵ M. Lalanne, *Reseña histórica*, pág. 6.

²⁶ Cartas, Al obispo Jacoupy, vol I, n. 85, pag 149. ("El Novum de Chaminade")

franciscana no habían conocido, al principio, la distinción entre la vida religiosa clerical y la vida religiosa laica. San José de Calasanz y san Felipe Neri también intentaron mantener esta estrecha unión entre sacerdotes y laicos, que también eran religiosos. En la época moderna, esta fórmula ha sido adoptada por los Clérigos de San Viator y los Hermanos de San Vicente de Paúl. Pero en ningún otro lugar esta "composición mixta", tan acorde con las aspiraciones actuales, ha alcanzado la perfección a la que la llegó M. Chaminade en 1817 con la Compañía de María. Se trata de la unión perfecta de sacerdotes y laicos para el apostolado, no de sacerdotes que asisten al apostolado con la ayuda de laicos como simples coadjutores, sino de sacerdotes y laicos que participan por igual, cada uno en su propio rango, en el apostolado jerárquico. Esta es la fórmula misma de la acción católica llevada, hace cien años, a su perfección en la vida religiosa.

Escuchemos de nuevo cómo G. Goyau destaca esta audacia de M. Chaminade. No se trataba de «reformular una o más almas pecadoras», sino de «atraer y reformar un mundo que se desviaba casi por completo», y la Compañía de María, en su viva complejidad, debía ser una forma de resumir toda la sociedad cristiana, para actuar con mayor seguridad en toda la sociedad humana. Dado que, en estas postrimerías del siglo XVIII, el espíritu de secularización sospechaba fácilmente la interferencia del sacerdocio, la presencia de laicos en una sociedad religiosa, laicos consagrados, al igual que los sacerdotes, por los votos de pobreza, castidad, obediencia y estabilidad, tal vez aseguraría el apostolado de ciertos grupos más ligeros, más sencillos, más movilizables, más capaces de combatir la corrupción del siglo en todas direcciones. En esta Compañía tal como la concibió Chaminade, y que a su vez obtuvo, en 1839, los elogios de Gregorio XVI, en 1815, la aprobación de Pío IX y, finalmente, en 1891, por el texto mismo de sus constituciones, la aprobación de León XIII, el elemento sacerdotal y el elemento laico están unidos por una especie de interpenetración; se apoyan mutuamente, se necesitan mutuamente; ninguno de ellos es episódico, ambos son esenciales, y la naturaleza misma de la Compañía de María «consiste en no ser ni una corporación exclusivamente eclesial ni una corporación exclusivamente laica». Chaminade insistió en este hecho de que los sacerdotes, los laicos letrados, los asistentes o los trabajadores, deben, en la Compañía, someterse a la vida común.

En igualdad de condiciones, teniendo en cuenta las funciones propias del sacerdote, viviendo todos en la misma casa donde encontrarían al superior local designado por el superior provincial, sacerdote o laico...esto estaba en plena sintonía con el pensamiento de Chaminade. La idea de que el contacto entre las diversas clases, iguales entre sí, que componían la Compañía de María, permitía a los miembros conocerse bien y ser llamados a cada uno al tipo de actividad que mejor les permitiera servir al fin común²⁷.

Para lograr sus objetivos, el fundador se inspiró en una máxima de carácter enteramente paulina: unión sin confusión. Así explican las notas sobre "El espíritu de nuestra fundación" su profundo significado: Una unión lo más estrecha posible, manifestándose en el ámbito de los derechos sociales, la vida familiar y religiosa, y el fin apostólico, sin confundir, sin embargo, lo que Dios distingue y quiere ver distinguido en la formación, las relaciones y las obras... ¿No es esta la enseñanza de San Pablo a los Corintios? (1

²⁷ Goyau, art. laud., p. 9.

Cor. 12-13). Las diferentes clases de la Compañía no forman corporaciones distintas: todas y en todas partes están unidas en sus obras y actúan en concierto bajo la influencia de la cabeza, así como los diferentes miembros del cuerpo obedecen a una sola alma en las diversas funciones que ejercen. Cada miembro de la Compañía debe permanecer en paz y estar contento con el rango asignado. A él, firmemente convencido de que en un cuerpo no todos los miembros pueden estar en el mismo lugar, sino que todos son igualmente necesarios para el cuerpo, y que la excelencia de cada uno reside en cumplir bien la función que Dios le ha confiado, sea cual sea.

Inspirándose en otra de las palabras de San Pablo: «Que cada uno permanezca en el estado al que fue llamado» (1 Cor. 7,20), el P. Chaminade también evitó cualquier confusión que pudiera perjudicar la estabilidad de la orden. «La Compañía de María, aunque compuesta por sacerdotes y laicos, y de todos los rangos y talentos, se mantendrá firme si observa rigurosamente el orden prescrito para ella. Este orden lo determina Dios a través de los superiores que ha constituido. Los estudiantes de todo tipo deben ser completamente indiferentes a la clase en la que serán ubicados después de sus estudios. Quienes están en una clase no deben pedir ser transferidos a otra: se arriesgarían a frustrar los planes de Dios. Especialmente un asistente que pidiera ser transferido a otra clase sería una temeridad; incluso quien, por humildad, pidiera ser transferido a la clase de asistentes no debe ser escuchado. Los superiores que determinaron los rangos lo hicieron solo después de tantos exámenes y pruebas en aras del mayor servicio a Dios, que sería lamentable revertir estas determinaciones»

Si, por lo tanto, por su carácter sacramental, los sacerdotes tienen alguna distinción, que la recuerden solo para ser conscientes de su mayor responsabilidad y mostrar mayor devoción. Este fue el lema expresado en las Constituciones de 1839: «Los sacerdotes son la sal y la luz de esta Compañía, deben ser su sal para evitar que degeneren de su primer estado y su primer fervor, y su luz para evitar que jamás se desvíe de los verdaderos principios en el camino de la perfección religiosa. Son la sal de todo el cuerpo y de cada miembro, mediante la sabiduría de sus conversaciones y la edificación de sus ejemplos; son su luz, mediante su celo por instruir y formar a quienes deben difundir la instrucción».

En su folleto sobre las «Relaciones entre los laicos y los sacerdotes», el Sr. Lalanne, por lo tanto, solo transmitía el testamento espiritual del Padre al escribir estas directrices de perfección sacerdotal: «Que los sacerdotes de la Compañía de María escuchen y apliquen en sí mismos las hermosas palabras del Apóstol: sean imitadores de mí como yo lo soy de Cristo»; para que digan con verdad como Él: «Los llevo a todos en mi corazón y no están incómodos en él». Que las acciones correspondan a las palabras y que tengan verdaderamente, como san Pablo, esta solicitud caritativa y devota por todas las comunidades; que, siguiendo su ejemplo, se hagan todo para todos y aprendan de sus lecciones la ciencia de la caridad divina: «caritas non inflatur, non aemulatur, non quaerit quae sua sunt»; que nadie les niegue cuando digan con este digno discípulo y apóstol del Maestro común: «¿Quién de vosotros ha padecido y no se ha visto compasivo en sus sufrimientos? Quien haya luchado contra el mal y no me haya visto luchar a su lado, que, volviendo finalmente a la fuente de toda virtud, aprenda de Jesús lo que el mismo San Pedro aprendió tan bien y enseñó a sus sacerdotes: que no deben actuar con los fieles como amos con sus súbditos, sino como él lo vio practicar y escuchó

al Salvador, el mismo Hijo de Dios, decir: «Les he lavado los pies, me he humillado ante ustedes, aunque soy su Señor, para que quien quiera ser el primero se convierta así en siervo de todos. Que los sacerdotes de la Compañía de María se formen según este modelo, que den a todos los laicos el ejemplo de estas virtudes: forma gregis facti ex animo, y con seguridad se encontrarán siempre rodeados de la veneración y la confianza de todos».

VI. Una definición, siempre antigua, siempre nueva, de la Acción Católica: *La comunidad se agrupa en torno al pastor*

Esta llamada a la caridad nos revela el secreto de la vida de G.-J. Chaminade y de toda su labor religiosa y social. Habiéndola recibido de los labios de María Inmaculada durante las pruebas del exilio, realiza una obra buena, vanguardista y con visión de futuro. ¿No es acaso la ley del espíritu y del amor la garantía del orden tanto en los grupos como en los individuos? Esta señal inequívoca, “En esto conocerán todos... Un solo corazón y una sola alma”, permitió a este héroe erigir de un mundo en ruinas un hogar de santidad donde las almas pudieran entablar una relación de vida. En la meditación de Mussidan, aprovechando con santa avidez ciertos momentos perdidos para orar, quizá no discernió de inmediato adónde lo llevaría esta llamada; pero comprendió rápidamente, sin duda, que solo la Compañía pone un anillo de vida entre las almas y que, para reformar las costumbres sociales, primero hay que aspirar a la perfección de las instituciones. Por un orden providencial, es la ley de la historia de todos los tiempos: las élites germinan, surgen, se entrelazan y florecen indisolublemente unidas y solidarias en y por su entorno. ¿Qué le importaban al Sr. Chaminade la oscuridad y el escaso número de sus primeros asociados? Pues a través de ellos y con ellos alcanzó una fuente vital en la Iglesia, abrió una veta fértil. Es con el cuerpo social como con el cuerpo humano. Cuando un niño llega al mundo, nace con todos sus miembros. Son pequeños, pero están todos ahí; son débiles, pero poseen las energías de su crecimiento; no están formados, pero tienen toda su conexión. Si no tuvieran esta integridad innata, solo formarían un aborto... El gran mérito del Sr. Chaminade fue haber comprendido estas leyes primordiales de las conexiones orgánicas. Esta intuición, que solo los grandes contemplativos pueden poseer, explica la unidad, la continuidad, la modernidad y la perdurabilidad de su obra.

La Compañía de María sigue siendo hoy la congregación mariana ideal, así como el Estado fue en su día el mayor logro de la acción católica, porque, concebida según el modelo de las sociedades más perfectas —Iglesia y familia—, realiza, en su grado y medida, pero en plenitud, la incomparable definición de San Cipriano: “Plebs adunata sacerdoti. La comunidad se agrupa en torno al pastor”: una unión sin confusión ni división de sacerdotes y cristianos perfectos, una humanidad adherida a su Cabeza, Cristo, y a su Esposa como él, en la religión del espíritu y de la verdad.

P. PAUL BROUTIN, S.J.